

Sobre la estética abrumadora de los puentes

escrito por Quijotero | miércoles, 2 de mayo de 2018

Mis ocupaciones profesionales me obligan a realizar frecuentes viajes por la autopista de La Coruña desde Madrid a las provincias próximas y vuelta a la capital. Para distraerme (bueno, sin afectar a la conducción) me dedico a observar los puentes que atravieso y su estética.

Quizá ello ha sido provocado por la «murga» con las que nos viene obsequiando, de un tiempo a esta parte, la Revista de Obras Públicas, órgano de los ingenieros de caminos, dedicando artículos y números monográficos a los puentes, sus circunstancias y, sobre todo, su estética. Parece que los ingenieros intentan hacerse notar en un campo hasta ahora monopolizado por los arquitectos: describir con expresiones rebuscadas, huecas y afectadas sus actuaciones, sean de mérito o adefesios.

Y así les ha dado a algunos «exquisitos» por los puentes, resucitando la denominación «popular» de los ingenieros de caminos cuando se les llamaba impropriamente «ingenieros de puentes». Y los exquisitos (muchos de ellos *progres* de salón) llenan páginas de literatura banal para hacernos creer que la construcción de puentes es la «teología» de la filosofía ingenieril. Quizá en recuerdo de la expresión medieval «*Philosophia ancilla theologiae*», quieren convertir la Estética (con mayúscula) en la inquisición de la ingeniería, sentenciando –a modo de *pontífices*– lo bello e, incluso, lo verdadero.



Todo esto viene a cuento cuando cruzo por debajo del puente denominado «Puerta de la Rozas», al norte de dicha ciudad, del que es autor Juan José Arenas, fallecido recientemente. Dicho sin acritud: en medio de un secarral como corresponde al austero paisaje castellano, el puente se eleva desafiante cual lanzón sin rocinante y desorientado como el loco caballero: por el día el puente parece, mostrando sus cables líricos, una atracción de feria; por la noche, con su aparatosa iluminación, una verbena; solo faltan los caballitos girando. ¡Qué fatiga!

En contraste pueden observarse los puentes antiguos de la misma autopista, de cuando su inauguración en los años 60, debidos a don Carlos Fernández Casado. Su sobriedad, su armonía sin estridencias, su horizontalidad, su integración en el paisaje, su querer pasar desapercibidos...; en suma: su elegancia intemporal.



Y a los «exquisitos» convendría recordarles las palabras de Cervantes en el pasaje del «Retablo de Maese Pedro» dirigidas al trujimán: *«Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala»*.